



Joaquín Edwards Bello

Por TITO MUNDT

ESTE es Joaquín visto de dos maneras distintas. Hace diez años cuando lo hicieron académico y hace dos meses en la calle. Creo que ambas imágenes se completan.

El 27, a las diecinueve horas, será recibido oficialmente por la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente a la Real Academia Española, un periodista chileno.

Se llama Joaquín Edwards Bello. Tiene cualquiera edad. Según el carnet de identidad, más de setenta años. Según el carnet vital, poco más de veinte. Yo lo conocí un día cualquiera en La Bahía, jugando caché, hablando, discutiendo, conversando, citando frases, opinando, actuando. Es un hombre sencillo como el agua. Nació en Valparaíso y le gusta evocar la atmósfera de los cerros, las casas victorianas, el Almendral, el Cordillera, el Mariiposa y otras colinas que se empinan sobre la bahía para mirar las estrellas como ventanitas iluminadas. Hace cuarenta años que está escribiendo. Recibe montones de cartas al día. La gente le habla, le da opiniones sobre sus artículos, le hace confidencias, lo saluda en la calle, lo saluda y lo palmotea.

A Joaquín le carga esta pegajosa generosidad nacional, que no halla cómo expresarse para decirle que le gustan las cosas que escribe. A Chile le gustan las cosas que escribe. A Chile le gustan la cocina y el Cúcuta Nacional. Le gustan Neruda y el fútbol, la remolacha y el primero de noviembre, día de los muertos. También le gusta Joaquín Edwards Bello cuando escribía sus inolvidables crónicas en el diario "La Nación".

Joaquín ha escrito "El reto", "Nacionalismo continental", "La chica del Crillon", "Crónicas", etc. Si yo fuera un letrado ensayista, como dice en directo y casual amigo René Olivares, haría una lista completísima de las treinta y tantas obras que ha escrito Joaquín Edwards Bello. Pero como no soy ensayista, sino un modesto colega de Joaquín, voy a tratar de dibujar la silueta humana de este hombre que dice cosas sensacionales, entre escrementos, baños de bares, garzones y gente de paso.

Joaquín es un hombre a quien le gusta hablar, y no falta por allí algún cursi que dice que no deja hablar a los demás. Pero es lógico y más que lógico que cuando un hombre dice cosas inteligentes, los que le escuchan deben, por educación, antes que nada, y por sentido de las proporciones, escucharlo. Y entonces Joaquín se saba de La Bahía de Santiago, camina hacia Madrid, se posa por las viejas callejuelas de París, baja a Roma, sube a Londres, y se acuerda de sus viejos tiempos de "Críticos en París" y de "Un chileno en Madrid".

Yo tengo un amigo, editorialista



"Yo lo Conoci" es un libro de recuerdos periodísticos escrito por Tito Mundt. El autor, que ha sido sumamente fecundo en esta clase de volúmenes, tiene una larga y pintoresca trayectoria en el periodismo internacional. Para dar una idea sobre el contenido de "Yo lo Conoci", hemos elegido uno de sus capítulos, que es una semblanza de Joaquín Edwards Bello, hecha en dos etapas.

de una revista humorística, hombre de mal genio, pero de ingenio, amigo del bicarbonato y de decir impertinencias con talento, que me contaba un día que seguía en las calles de Santiago a Joaquín Edwards Bello, para verlo caminar, saludar y oír qué cosas decía.

Un día Joaquín me contó que le molestaba la intrusión de la gente que se introducía en su vida privada y no le dejaba tranquilo. Gente pegajosa de puro cariñosa. Metete de puro cordial. Que no hallaba cómo demostrarle hasta qué punto lo quería por valor nacional, que lo asaltaba en la calle para decirle una frase amable. Y como Joaquín, como toda persona inteligente que se respeta, es solitario y escéptico, burlesco y simple, le desagradaba esta especie de engrudo amistoso que lo rodeaba por todas partes y no lo dejaba ser él. Este viejo portero, que se balancea como los barcos y que tiene algo de los cerros de Valparaíso, del Almendral y de Las Torpederas, tiene también una novela escrita que hasta la fecha no se atreve a publicar. No por miedo, sino por dignidad. Se llama "La boca del corvo".

Y en ella plantea el problema dramático de una radio misteriosa que, entre los compases de la Canción Nacional, llamaba la atención a los chilenos frente a los políticos y a los bandoleros que habían invadido el país.

Joaquín tiene temor de que se publique, porque a lo mejor se aplica en la práctica, y algunos compatriotas decididos y valerosos ensayan la teoría de Edwards Bello y acaban de una

plumada con los enemigos públicos que andan sueltos por el país.

En tres días más lo hacen académico. Y ese día, ojalá que en las primeras filas reservadas, según dice el diario, para invitados especiales, estén sentados, piernas arriba, la chica del Crillon, Esmeralda y otros de sus personajes.

Ellas no lo van a hacer académico. Lo van a considerar definitivamente como es. Y mucho más que ellos, ese hombre solitario, irónico y burlesco, que camina por las calles con un cigarrillo clavado en la boca, y que se llama el chileno corriente. Y como yo me siento un poco eso, escribí estas líneas.

La segunda vez fue así

En la calle Huérfanos con San Antonio me encontré con Joaquín Edwards Bello. Hacía diez años por lo menos que no lo veía. Está igualito. Dicen que no puede trabajar y que está mudo. El mismo me agregó:

—Estoy mal. Tengo una parálisis progresiva que me impide escribir.

Lo miro. El aspecto físico es el mismo de la última vez. Un calabés claro, una carabata alegre, una chaqueta deportiva, unos pantalones veraniegos grises. Parece un turista europeo, caminando por las calles de Santiago con cara de pregunta. Y hasta hablar una palabra con él para que se destaque la vieja máquina periodística. Interroga, se pone al día, habla de política, de periodismo, del contrabando, de pintura, de todo. Siempre es

el periodista mil por mil, para quien cada cosa que pasa en el mundo tiene interés. No sé por qué me recuerda una foto suya, tomada hace treinta años en París. Unicamente ha cambiado el fondo de fondo. En este caso tenemos una aburrida esquina comercial, una farmacia, un cine. En la foto estaban el Sena y Notre-Dame. Y el cielo era otro. El de ella es borroso. Totalmente impresionista. Parece pintado por Degas o Manet. El de aquí es un cielo de verano, insolentemente azul y hasta con cara de cuenta de hotel en la playa.

Unicamente Joaquín es el mismo. Camina lentamente, pero conserva una agilidad juvenil en los gestos, en la manera de sonreírse y de hablar. Conversa rápido. Tiene que decir mucho antes de que...

El mismo lo dice:

—Me queda poco. Esto avanza día a día. En breve ya no podré hacer nada.

Pero al mismo tiempo me cuenta que está revisando sus obras completas para legarlas al futuro como testimonio de las penas, sin fallas de ninguna especie.

Está al día en el contrabando y lo relaciona con otros casos policiales célebres. Salta el Joaquín de los famosos "jueves" de "La Nación". La misma manera rápida, variada, llena de color, de pintar cada cosa. Es el genio de los detalles y de los matices. Y un poco el Rey Midas. Cada cosa la transforma en oro con sólo tocarla. Aparece el cronista sin rival en el periodismo chileno, el novelista al que le basta abrir los labios para que los personajes caminen, anden, respiren. Pero el poeta:

—No puedo escribir nada. Me limito a recordar...

Tratamos de entusiasmarlo. Existen las taquígrafas para dictarlos y las cintas magnetofónicas. Bastaría trabajar con alguno de los dos sistemas para volver a leerlo como antes.

Me mira con escepticismo. Se siente muerto ya. Mira el puro de la gente por la calle con una expresión de otra vida.

Y sin embargo, está vivo. Maravillosamente vivo. Más vivo que nunca. Las palabras acuden a sus labios con una velocidad impresionante. Sabe describir, como siempre, con una sola plumada. Sería cuestión de tomar nota de lo que dice para tener una crónica de primera línea con el mismo sabor de antaño... Se le ve juvenil, a pesar de que insiste en que está viejo y terminado.

¿Terminado? Jamás. Jamás se le pondrá punto final a un hombre como Joaquín, que derrama vida en una esquina cualquiera. Y hablar con él cinco minutos es mejor que asistir 3 años a una Escuela de Periodismo. Para mí fue la mejor clase que haya recibido jamás.

Y no me quedó melancólico al verlo partir, vacilando y apoyado en el brazo de su mujer, a través de la ciudad indiferente que no sabe quién es el que avanza con lentas abumadas a través de ella. Al contrario. Me puso una inspección de vida para seguir detrás de una máquina de escribir con este oficio, a cuestas, de llenar un par de carillas todos los días para contarle lo que pasa, amigo lector.

Eso, por ejemplo. Para que sepa que el gran Joaquín no es un fantasma melancólico que vive entre recuerdos y papeles amarillos en su refugio de la calle Santo Domingo con Cumming, sino un hombre que sigue con los ojos desmesuradamente alertas la marcha del mundo. Y que el periodista genial que hubo siempre en él, sigue montando, inalterablemente, guardia.

Y está allí describiendo exactamente como es. A lo Joaquín.

Joaquín Edwards Bello [artículo] Tito Mundt.

Libros y documentos

AUTORÍA

Mundt, Tito, 1914-1971

FECHA DE PUBLICACIÓN

1965

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Joaquín Edwards Bello [artículo] Tito Mundt.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile